



Creación & Crítica

4

Abril 1971

Año del Sesquicentenario de la Independencia Nacional

Lima - Perú

po chu yi balada de la congoja eterna

El emperador de los Han, presa de lascivia, soñaba con una belleza capaz de arruinar un trono;
pero hacía buen tiempo que reinaba sin jamás haber podido descubrirla.
En la familia Yang había una doncella, aún en la flor de la adolescencia;
crecida en el fondo de un gineceo, nadie sabía de ella.

Habiendo recibido del cielo el don de la hermosura, era imposible que permaneciera reclusa:
un día se la llamó para presentarse ante el soberano.
Cuando, deslizándose una mirada, llegó a sonreír, fueron tantas las gracias que brotaron,
que en los seis serrallos, bajo los afeites y cosméticos, ninguna otra tuvo ya más esplendor.

En una friolenta primavera, recibió el honor del baño en el Estanque de los Candeleros Florales
cuya cálida fuente, de ondas acariciantes, lavó sus blancas formas.
Criadas la sacaron, delicada y lánguida:
fue entonces que comenzó a gozar de los favores reales.

Cabellera en nube, rostro en flor, llevó el áureo penacho que tiembla al paso de las reinas;
bajo la tibia cortina bordada de nenúfares, conoció las noches de amor primaverales.

Demasiado breves, ¡ay!, noches de amor, con el sol tan presto a salir: desde entonces,
el soberano se abstuvo de la audiencia matinal.

Sumisa a sus placeres, sirviéndole en los festines, no tuvo ni tregua ni reposo; compartiendo en primavera sus retozos primaverales, y cada noche compañera de sus noches.

En los retiros del serrallo había tres mil hermosas mujeres, tres mil de las que, en adelante, solo a una amó el augusto amante. Habiendo, en la Sala de Oro, acabado su atavío, empleaba su gracia en los tiernos cuidados nocturnos; en el pabellón de jade, terminado el festín, la ebriedad se acordaba con el ardor amoroso.

Sus hermanas, sus hermanos, todos recibieron feudos; ¡Ay! con tal brillo se prestigió su casa, que por el imperio entero fue menospreciado al corazón de los parientes la cuna de un hijo que el nacimiento de una hija.

En el Palacio del Caballo Negro, erguido entre las nubes azules, se cernían celestiales acordes cuyas ráfagas aquí y allá dispersaban los vientos. Eran cantos demorados y lentas pavanas acompañados por la cítara y la flauta; el día entero el Soberano no se cansaba de contemplarla...

Surgidos de Yu-yang, los tambores de guerra hacían temblar a su paso la tierra, desatan el pánico en medio del aria "Falda de arco iris y chaqueta de plumas". ¡Sobre las fortificaciones de la Ciudad de las Nueve Puertas, se van a alzar días de humo y cenizas!

Con mil carros y diez mil jinetes, la Corte hacia el Sudoeste se estremece.

La enseña imperial oscila al vaivén de las carreras y los altos, y no ha franqueado, fuera de la ciudad, sino algo más de cien estadios, cuando las Seis Legiones rehúsan avanzar: ¡ay!, nada se pudo hacer; frágil víctima resignada, la bella de las cejas de antenas parece en medio del tropel de los caballos.

Los cincelados joyeles de su tocado cubren el suelo sin que nadie los recoja, con sus plumas de martín pescador, su pájaro de oro, sus alfileres de jade. El emperador ha ocultado el rostro, impotente para socorrerla; al fin, se vuelve, mira y la sangre corre con sus lágrimas.

Más allá de las arenas esparcidas, bajo los silbidos de las ráfagas, en puentes que calzan la nube y por la veredas de las cornisas, franquea los pasos de Kien-ko.

Al pie del monte O-meí, donde pocos viajeros se aventuran, sus estandartes ya no esplenden bajo la tenue claridad del día.

En el país de Chu, cuyo río es glauco; en el país de Chu, cuyos montes son azules, el Santo Soberano, de aurora en aurora, y de noche en noche, herido está de amor; en su palacio de exilio no puede ver la luna sin que su resplandor no le lacere el corazón; al oír, bajo el aguacero nocturno, las campanillas, sus sonidos le penetran las entrañas.

Se mueve el cielo, gira el sol, y volviendo al fin el emperador llega al sitio funesto: permanece consternado, dudando de ir más lejos. Al pie de los taludes de Ma-wei, en la greda y en la arena, no distingue más el lugar, ahora vacío, donde falleció la bella del rostro de jade.

El príncipe y sus criados se interrogan con la mirada y se mojan con el llanto sus vestiduras; luego, hacia el Este, a la capital se dejan conducir por sus caballos. A su vuelta, estanques y jardines, todo está como antes, el Sublime Lago y sus nenúfares, con sus sauces el Palacio de los Días-sin-Término.

Su rostro semejaba a los nenúfares, los sauces recuerdan sus cejas; ante esa imagen, ¿cómo no derramar lágrimas sea que, bajo las brisas primaverales, durazneros y ciruelos florezcan, sea que por los aguaceros de otoño los árboles pierdan sus hojas?

En el Palacio del Oeste, en el Palacio del Sur, abundan las yerbas otoñales; de las hojas muertas esparcidas por los arriates, las bermejas manchas no son más barridas desde entonces. En el Cercado de los Perales, el cabello de los músicos ahora blanquea; en el Serrallo de los Perfumes-de-Pimienta, eunucos y sirvientes empiezan a envejecer.

Por la noche, en su palacio, al vuelo de las luciérnagas, el Emperador medita tristemente; su lámpara solitaria cesa de arder sin que alcance a conciliar el sueño. Con lentos redobles, la campana y el tambor preludian la noche interminable. Luego el trémulo brillo del Río Sideral palidece en el cielo donde va a rayar la aurora.

Las tejas que figuran los dos pájaros conjuntos se hielan bajo la escarcha de pesadas floraciones; Fría permanece la manta con dibujos de parejas de martín pescadores: ¿con quién habrá de compartirla? Después que con abismo infinito del viviente separa la muerte, más de un año ha transcurrido, sin que el alma de la amada lo visitara en sus sueños.

Un taoísta de Lin-k'iong, residente en la capital,
era capaz, por su perfecto fervor, de hacer que los manes aparezcan.
Se afligían todos de ver al soberano agotarse de insomnio extrañando a la ausente,
ese nigromante recibió orden de empeñarse en su búsqueda.

Hendiendo la nube y cabalgando el éter, se lanza como el rayo,
se eleva al cielo, se hunde en la tierra, dirige su busca por doquier;
escruta arriba el azul del empíreo; abajo, las fuentes infernales:
ni aquí ni allá, en los vastos espacios, nada descubre.

Al fin se entera de que en el mar hay una montaña maravillosa,
una montaña en medio de los secretos desiertos de lo insondable;
palacios esculpidos se yerguen entre las nubes de cinco colores;
allí viven delicadamente numerosas Inmortales.

Una de ellas lleva el nombre de Purísima Esencia:
carne de nieve y rostro en flor, bien parece ser ella.
Pasando el pórtico de oro, en el Pabellón de Oeste, el mago toca la puerta de jade,
se hace anunciar por Diminuto Jade a Doble Exitó.

Al escuchar que se anuncia un mensajero del Hijo del Cielo de los Han,
bajo las cortinas de nueve flores, el alma sorprendida en su sueño,
recogidos sus velos, apartando los cojines, aún vacilante, se levanta;
luego, corrida por los ganchos de plata, la cortina de perlas se entreabre:
las nubes de su tocado aún desordenadas por su reciente sueño,
hasta sin arreglar su velo florido, se dirige a la gran sala.

Al amor ñe de la ondulante brisa, flotan sus mangas de diosa,
evocando aún el paso "Falda de arco iris y chaqueta de plumas";
sobre su puro rostro entristecido, lentas corren las lágrimas:
¡Ramo de peral florido en primavera, perlado de lluvia!

Dominando su emoción y reteniendo el llanto, da gracias a su Señor y Príncipe:
después de la separación, su voz, su rostro, todo se pierde en lo vago;
de los fervientes amores del Palacio Chao-yang, la trama está quebrada;
en esas encantadoras estancias de P'ong-lai, ¡cuán lentos son los días y los meses!

Si la mirada se aparta de ellos y descende al mundo donde los hombres habitan,
no distingue Chang-ngan, la capital, y no ve sino polvo y niebla.
¡Pues, al menos, esas reliquias del pasado testimonian profundo amor
—la confitera incrustada de gemas, el broche con dos ramas de oro— que se
las lleve el mensajero!

Conservará ella una rama del broche y una parte de la confitera;
y rompiendo el oro puro del broche, las incrustaciones dividiendo las figuras:
"¡Que solo sean nuestros corazones como la gema y el oro, constantes,
y en los cielos o entre los hombres, un día volveremos a hallarnos!"

Al despedirse el mago, ella le confía aún, con cálidas palabras, un supremo mensaje, mensaje que contiene la invocación a un juramento que solo ambos amantes conocen en el alma:

el séptimo día del séptimo mes, en el Palacio de la Vida Eterna, cuando, hacia la noche, sin testigos, se intercambian propósitos de amor,

"Hagamos voto", se dijeron, "de ser en el cielo dos pájaros de vuelo inseparable; hagamos voto de ser en el suelo la pareja vegetal que une un único follaje!"

La doble eternidad del cielo y de la tierra, un día tal vez acabará; mas esta congoja irá incesantemente perpetuando su inagotable duración.



EDITORIAL LOSADA PERUANA S. C. R. L.

Contumazá 1050 Tel. 289722 - 289160 - 285049

Representantes de la revista "EL CORREO de la UNESCO"

Solicite la subscripción

Cae, se levanta. Cae, se levanta. Camina sobre los sacos de arena. El ya no dispara. Cae, se levanta y alza la espada. Los cuerpos yacen diseminados. Panza abierta. Las vísceras al aire. Crecía la batalla. El cae y se arrastra. Quema el sol. Se afloja el cinto. Descubre nuevos cuerpos en la cuesta. Calientes, calientitos. Qué hora es. Se sigue arrastrando. Suenan tiros aislados. Las minas no dieron los resultados esperados. Ve al fondo las dunas, bajo el sol que lo ciega. Sigue, sigue el cañoneo. Cómo habré de morir. Agita los brazos. Grita y sigue arrastrándose. Fusiles Peabody. Muerdo y trago. Los vergeles de Tacna. El ejército de línea. Los frutales exhalan un perfume Peabody. Remington, Minié, Chassepot. El ataque de la artillería no amilana a los sitiados. Sigue, el cañoneo. Cae, se levanta. No importa. Aquí estoy nuevamente con mi fusil Peabody. El ejército de Tacna. Sigue, siguen los disparos. Aquí se paraliza la vida. Cuánto tiempo hace que comenzó la batalla. Mi brazo derecho. Atacan por los flancos. Desde Arequipa venían más o menos tres mil hombres. Sí, sí, lo dijo: la tropa ignora hasta el manejo del rifle. Cómo quema la tierra. Huele todo a pólvora. El soldado viene. Trepa la trinchera. Las avanzadas de la caballería enemiga. El soldado trepa. El soldado trepa el cerro. La bayoneta calada cae de sus manos. Yo veo una enredadera, flores, el abismo. Cae, se levanta, se levanta. Cae, se levanta. En los vergeles de Tacna hay limoneros y naranjales. El vino me chorrea la cara. El vino le chorrea desde la cabeza a los pies. Da vueltas y vueltas alrededor de la mesa. Sigue, sigue el cañoneo. Alza el sable. Quesos de cabra, aceitunas rancias. El comando destacó un parlamentario. El ataque de la artillería enemiga. Abraza el vacío, quejándose lastimero. Más palabras. He aquí la batalla. Siento el eco del cañoneo. Gran parte de la tropa ignoraba hasta el manejo el rifle. Gotea. Buen signo. Sigue goteando. Buen signo. Es sangre. El pecho roto muestra las vísceras. Salpica la sangre. El mar está azul, azul. Cómo rodé hasta aquí. Hay momentos, sí, hay momentos. No disparan más los fusiles Peabody. Mi última palabra es. La sangre me chorrea desde la cabeza a los pies. Un soldado enemigo rueda la escarpa del morro. Dos soldados enemigos ruedan la escarpa del morro. Cae, se levanta y alza la espada. Brillan los metales. Cae, se levanta, cae, se levanta. Camina sobre los sacos de arena. Las avanzadas de la caballería enemiga estaban a la vista. Tiviliche. Tiviliche. Los hombres de corazón sólo sucumben luchando. Cuando llegan las granadas Pallicer para mi buque, mi buque, los buques. Sigue, sigue el cañoneo. Los buques de la escuadra bloquean el puerto. La rigidez cadavérica endurece los músculos. Yo sólo veo tres buques. Caen más obuses. El mar está azul, azul. Había muchos jinetes de uniformes resplandecientes. Los vergeles de Tacna tienen un aroma. Cae, se levanta y cae. Mi última palabra es. Toma una botella. El vino sigue cayendo desde su rostro a los pies. Es un chorro rojo, rojo, rojo. El ataque de la artillería enemiga comenzó dos días atrás. Por las calles reinó profundo silencio. El cinco de junio soplaban un viento húmedo que hacía remolinos en la arena de las dunas. Sigue, sigue el cañoneo. Las minas no dieron resultado apetecido. Cuando llegan las granadas Pallicer para mi buque. Fusiles Peabody. Remington. Chasse-

pot. Minié. Por el ala izquierda comenzó la ofensiva. Posiciones anteriores, posiciones anteriores. Desorden en la niebla. Nadie se orienta bien. Nadie se orienta bien en la niebla. Tengo las manos desolladas. Carga el fusil Remington Peabody y dispara. A mediados de mayo sólo un batallón tenía uniformes. Tenía uniformes. Sigue, sigue el cañoneo. Caer, se levanta y cae. Camina sobre los sacos de arena. Mi última palabra es a la hora de la muerte. A la hora de la muerte. En el virreinato del Perú toda América del Sur. Toda América del Sur era salvo Brasil era salvo Brasil el virreinato del Perú. La ofensiva comenzó en las primeras horas de la mañana. Los elevados cerros de la cordillera. Las pampas desérticas, la sal. Puede ser, pero yo tenía sed. Puede ser, pero yo tenía sed. Los hombres de corazón saben sucumbir luchando. Las balas no le hacen. Los fusiles con la bayoneta calada sostienen el primer ataque. La valiente actitud de la plaza. Sigue, sigue el cañoneo. Más hombres, más hombres. Faltan soldados. Faltaron soldados y munición. Los fusiles con la bayoneta calada sostuvieron bien el primer ataque. Veinte cañones y tres baterías haciendo fuego. Haciendo fuego. A su vuelta del Sur, el ciudadano Presidente pasó por las calles de Lima. A su vuelta del Sur el ciudadano Presidente, pasó por las calles de Lima y reinó un profundo silencio. Se levanta y cae, se levanta y cae. Camina por encima de los sacos de arena, empuñado el sable. Camina, luego se arrastra, se arrastra. Las trincheras. Alza la espada. No puedo gritar. Nubes de pólvora cubren el puerto. Por el ala izquierda comenzó la ofensiva. Ella cree que estoy. Ella cree que estoy. Son cañones Krupp. A las cuatro mil yardas Sus cañones Krupp. El polvorín del fuerte. Mil setecientos hombres y sacos de arena en las pendientes. Las avanzadas de la caballería enemiga. Resista, sí, resistir. Resistir. Se levanta, cae, sigue arrastrándose. Los heridos. Los heridos. Los heridos. Los heridos. Los alemanes vencieron a los franceses en Sedan con cañones Krupp. Estoy solo en la trinchera. Al retroceder el ala izquierda y el centro, entró en acción la reserva. Cuando llegan grandes Pallicer para mi buque. No estoy herido. Ya no tarda en explotar el polvorín del fuerte. Puede ser pero yo no tenía sed. Sigue, sigue el cañoneo. Los veintiocho jefes reunidos. Están rematando a los heridos. Oigo ayes. Oigo ayes. Las enseñas de júbilo de los buques. La bandera flamea en los mástiles. Apure, Leyva. Apure, Leyva. Apure, Leyva. Los soldados carecen de uniforme. Por las calles de Lima, el ciudadano Presidente pasó. Por las calles de Lima reinó un profundo silencio. Reinó un profundo silencio. Por las calles de Lima, el ciudadano Presidente. Por las calles de Lima, caminó el ciudadano Presidente. Avanzó el enemigo desde el Norte, avanzó el enemigo desde el norte, sin que nosotros lo supiéramos. El enemigo avanzó y nos cogió desprevenidos. Avanzó el enemigo desde el Norte. El se arrastró entre cadáveres y arneses de la caballería. El se arrastró entre cadáveres y arneses de la caballería enemiga. El vino de Tacna le cae sobre las botas. Sigue, sigue el cañoneo. La horrible batalla. El se encoge en la trinchera. El se encoge en la trinchera y dispara desde su hueco. Fusil Peabody. Fusil Remington Peabody. Los guías no supieron orientarse en la oscuridad. Mi última palabra es. Desde la estación del ferrocarril hasta la casa de su familia reinó profundo silencio. En el virreinato del Perú, en el virreinato del Perú toda América del Sur, salvo el Brasil era, era el Perú. Las minas no dieron resultados

esperados. Apure, Leyva. Apure, Leyva. Mis órdenes como las de todos eran desatendidas. Alto el fuego. Sigue, sigue la batalla. Siente que se le hincha la vejiga. No hay granadas Pallicer para mi buque. Poco a poco fueron acampando en las inmediaciones de la plaza. Poco a poco fueron acampando en las inmediaciones de la plaza las tropas enemigas. Puede ser pero yo tenía sed. El ejército de línea. Cuellos de pasamanería. Entorchados de mucho fleco. Dormanes cubiertos de agujetas. Los cañones saltan en sus cureñas. Los cañones Krupp saltan en sus cureñas. Gran parte de la tropa ignoraba hasta el manejo del rifle. En medio del desaliento y la consternación general. Y llegó la grito, y el estrépito y la turbamulta de la lucha cuerpo a cuerpo. Los cuerpos yacen diseminados por las escarpas del morro. El enemigo rematando a los heridos. Oigo sus ayes. Sigue, sigue el cañoneo. Mi última palabra es. Algunos arrieros. La artillería consistía en veinte cañones. Arriba del morro, abajo el mar. Pronto no habrá nadie arriba cuando explote el polvorín del fuerte. Los hombres de corazón sólo sucumben luchando. El combate no concluirá hasta que lleguen a la cima. Apure, Leyva. Apure, Leyva todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Apure, Leyva. Apure, Leyva, todavía es posible hacer mayor estrago. El ataque de la artillería no amilanó a los sitiados. En la oscuridad y confusión de la noche se perdieron los cañones, el parque de municiones, las acémilas. Los hombres de corazón sólo sucumben. Los cuerpos yacen diseminados. Las vísceras, al aire. Crece, crece la batalla. Cae se levanta, cae, se levanta, alza la espada y señala al enemigo. Mi última palabra es. Puede ser pero no tenía sed. Los cuerpos de bravos oficiales volaron sobre su cabeza. Apure, Leyva. La sangre le chorrea de la cabeza a los pies. Mete las botas en un hueco. Se afloja el cinto.

El sargento mayor se pone el uniforme. Su habitación mira a un patio, por el que se filtra reticente la luz opaca de la mañana. Primero el pantalón galeado que sujetan los tirantes, luego la casaca larga de hombreras que oro recaman, con ojales que orillan el fino paño oscuro y por cuyas bocamangas corre cuatro veces repetida la cinta distintiva de su grado. Después el cinturón de hebilla redonda y en la que destella el sol en efigie. Luego, frente al tocador de palisandro se coloca en el pecho las insignias de honor, que son de pulidos metales, llevando acuñada la imagen de un morro de tierra pelada que balconeja sobre la orilla del océano. Finalmente, con dulcificada rudeza se coloca en la cabeza el quepis y yérguese ahora listo para la ceremonia que anuncia ya la salva de cañonazos que se disparan al mar desde el fuerte Real Felipe. Un anciano corrido tan bizarro, que por azares de guerra profesó en la milicia, con los bigotes enhiestos, las puntas retorcidas por obra de mixturas de goma y el aderezo de yemas diestras en el arte del tocado viril, estará como otros años presente. La tropa desfilará por la plaza del almirante, los palillos golpeando el bordón. Tarantán. Tarantán. El Prefecto le pondrá en el pecho una nueva escarapela de honra, en recuerdo de golpes, heridas y muertes, a él que fue y volvió de la campaña del Sur. Su invicto corazón ha conservado el buen nombre.

carlos germán belli

CANTAR PRIMERO

*Y en adelante cumplir
de una vía dos mandados,
tanto obediente a la pena,
cuanto obediente a la dicha.*

*El día malo que pica, fuga y vuelve, y otra vez,
el día bueno que besa, parte y vuelve, y otra vez,
siquiera interinamente repartidos ras con ras,
entre dichas un poquito y entre penas otro tanto.*

*Y en adelante cumplir
de una vía dos mandados,
tanto obediente a la pena,
cuanto obediente a la dicha.*

*No oficialmente cuitado en mañana, tarde, noche,
ni irse sin gozar un tris de la sacrosanta dicha,
que para qué sólo penas ante los ojos de todos,
desde la cuna a la tumba obedeciéndolas siempre.*

*Y en adelante cumplir
de una vía dos mandados,
tanto obediente a la pena,
cuanto obediente a la dicha.*

*Porque es el momento ahora de alcanzar la compostura
en cada cardinal punto ante las extrañas gentes,
tal si la personal pasta oficialmente tuviera
el perfecto contenido de la química pastilla.*

*Y en adelante cumplir
de una vía dos mandados,
tanto obediente a la pena,
cuanto obediente a la dicha.*

CANTAR II

(A modo de Pedro López de Ayala
y Francesco Filippo Marinetti)

¡Arriba, ladrón, las manos!
y entrégame a la pacífica
por el resto de los siglos
y los siglos. Así sea.

Esa cordera + mula, esa tiniebla + lumbre,
esa flor + breve brizna = híbrido sin par,
y llorona sobre todo, que nunca tuve (¿por qué?),
no en semejanza a papá olmo con su rosa pura

¡Arriba ladrón, las manos!
y entrégame a la pacífica
por el resto de los siglos
y los siglos. Así sea.

Y ni un filamento suyo he tenido entre las ramas,
aunque fuere por un rato tan fugaz como centella,
pese a codiciarla tanto desde la misma llegada,
allá en la semilla clara, acá en la floresta oscura.

¡Arriba, ladrón, las manos!
y entrégame a la pacífica
por el resto de los siglos
y los siglos. Así sea.

Hortelano, mayoral, que te la llevaste fiero
por ser tú un astuto humano en mudar tu propia faz,
tal como si en realidad uno para el otro fueran,
tú & ella = toro-oveja, tu & ella = roble-flor.

¡Arriba, ladrón, las manos!
y sabrás lo que perdiste
por el resto de los siglos
y los siglos. Así sea.

*PENAS DE UN BOLO ALIMENTICIO POR SU DESCONTENTADIZA
PRESA DE CARNE EN UNA FRÍA MAÑANA DEL SIGLO XIV*

*En la mañanica frida,
buen alimenticio bolo,
non sabes por dó marchar,
para que dulce te velen.*

*Que pulpa de bruta aerea más sabrosa que tetica,
tras los oteros rojizos del bajo valle del reino,
te deja allí de repente robándote su compannia,
et ya non te quiere más porque de ti se avergoña.*

*Si bien deglutido has
a la presa de gallina,
et non de vaca nin trucha,
¿por qué discontentadiza?*

*Et cuánto revuelto queda tu mordiscado bocado,
porque tu rica presa, ya mañana, tarde, noche,
cómo te compara cruel con campal, aereo, acuático,
et mustio quedas después como feo pastorcico.*

*Sin dudanza requebrado,
ya non bien fecho mañana,
por la ligera esquiviza
de carne que se corrompe,*

*omildemente te escondes devant tu soberbia pulpa,
por ser tú de roin estirpe et existir malfadado,
et por ende a tu bocado en cien mil colores pones,
que non quiere nunca más arrimarse tierno a ti.*

*¡Et qué grave cosa todo,
que la presa mordiscada
se avergoñe et non lo siga
a su bolo de alimentos!*

precedido por una breve
discusión sobre
la necesidad de un nuevo mito

Mi viejo amigo el Presidente de Brosnes (1), al cabo de una cena suculenta que me ofrecía el otro día en Nueva York (también él ha debido dejar Europa, no perdonándole jamás los italianos sus irreverencias) me dijo— y mi hombro cedió bajo el peso abrumador de su mano:

“¿Está usted seguro, querido amigo, que hayamos llegado a ese punto? Así el género humano estaría más que nunca humedido en la ceguera: *usted me la quiere hacer*. ¡De modo que las buenas almas, que usted me cita, preconizan el recurso a una idolatría dirigida! Pero estos señores del Colegio de Sociología que, en París, han echado las campanas a vuelo (2), asumen una pesada responsabilidad abocándose a codificar la pura necedad del pueblo. En mis tiempos los hombres sensatos y libres...”

Estaba muy arrebatado. No es la primera vez que yo intentaba demostrarle lo que su actitud tenía de anacrónicamente aristocrática y, por añadidura, de inconsecuente. “Mi querido Presidente, de este lugar de la historia universal donde ahora hemos llegado (1942), *queda* que es el “bajo pueblo” ignorante y crédulo, quien hace el gasto de las empresas militares. Las naciones, pues aún las hay, son periódicamente lanzadas unas contra otras. Nada ha cambiado hasta el punto que no se pueda admitir que sus divinidades, sus ideales simplistas— como tan bien lo dijo usted: sus fetiches— o, más exactamente, el grado de la fe y de la exaltación que colocan en ellos, no deciden en gran parte el éxito de las batallas y, por eso, la suerte respectiva de las filosofías, en definitiva todo lo que nos importa”.

El señor de Brosnes echó pestes al no descubrir a través de la vidriera su famosa silla de posta. “Vamos pues, pero es una aberración. Ahí tenemos la civilización egipcia amenazada y algunos pretendidos sabios se atreven a proponer como remedio la creación de una nueva religión! Nada será más urgente que evitar la extinción del culto al perro, al gato, a la lagartija y a la cebolla! (Su risa agitó largamente la sala, que se apagaba poco a poco). Pero esta religión, ¿usted no me irá a hacer creer que sus amigos se jactan de inventarla de pies a cabeza?

—Son bastante imprecisos en este asunto. Por mi parte, he meditado algo sobre el apoyo cada vez más incierto que, durante estos últimos veinte años, el común de la gente hallaba, en Francia por ejemplo, en las creencias seculares así como en las instituciones. Imposible ir más lejos en la supervivencia del signo a la cosa significada. Pues bien, sin embargo, en plena ruptura con todo lo que no se beneficiaba más que de signos exteriores de veneración o de respeto, no temo decir que he visto constituirse —¡oh! con muchas alternativas— el embrión de una significación nueva. ¿Por qué se rehusaría el buscar en los poetas, en los artistas de hoy lo que se ha hallado siempre a distancia en sus predecesores, por qué su evolución no traduciría en lenguaje cifrado sino descifrable lo que *debe* ser, lo que *va* a ser?... Observe lo que ha tenido de singular la actitud de esa gente, no se puede más escépticos, ante opiniones recibidas, usted los ve ponerse en postura de recibir, como se recibiría de nuevos profetas, una enseñanza que aún no tiene curso, que, digo yo, les

(1) Se le debe: *Du culte des dieux fetiches*, Lettres sur l'Italie.

(2) Ver: Vertical, 1941, Jolas éd.

arrancan a pedazos. Esos profetas se llaman Rimbaud, Nietzsche, Kierkegaard, y otros más: aún ayer eran demasiados los que se disputaban las capillas. Usted no puede negar que algunos de ellos disponen de imperativos poderosos para desviar el curso de una vida joven, para decidir sobre vocaciones en resumidas cuentas heroicas. Eso se ve, se lo aseguro. La oscuridad de su lenguaje, y a través de él de su exhortación, no es específicamente diversa de la de Juan o Pablo. Repare aún que los más actuales son aquellos que no han dejado efigie: Sade, Lautrémont, o que han dejado testamentos ambiguos: Sade, Lautrémont (1), Seurat. Ud. ve, no puedo concederle que la mitología sea sólo el *relato de las acciones de los muertos*: yo que le estoy hablando ya he vivido bastante para ver distinguirse, de la trivial transcripción de sus gestos al día, la vida de uno de mis amigos más queridos, llamado Max Ernst. En este punto el testigo ocular que podría ser yo, lo cedo con gusto al iniciado: tengo a la obra de Max Ernst por preñada de hechos llamados a producirse en el plano real: lo que es más, creo que prefigura en su orden los hechos que se producirán. ¿No sabemos desde hace tiempo que el *enigma* de la esfinge dice mucho más, y algo distinto, que no parecería decir? ¡Y los trabajos de Hércules y el Vellocino de Oro! Si yo tuviera la pluma de los grandes bardos...

El Presidente dormitaba: "¿Max Ernst? Le gusta sin embargo los bellos muslos. A propósito, si Ud. me acompañara a un 'burlesque'?"

No es vano que Max Ernst pasa por haber nacido en Colonia en uno de los bucles de la serpiente líquida que se complace como ninguna en atizar la sepada, el Rin donde se peinan las hechizantes doncellas de rubios cabellos sin término cuando contamos veinte años. Cualquiera coartada que haya tenido a bien presentar, su *espíritu-niño* se identifica en verdad, cuatro siglos antes, a otra que extrae su

origen de la misma ciudad: la del *archibrujo* mismo, del gran Corneille Agrippa. Este espíritu que les es común, basta un rasgo, en efecto, para distinguirlo de todos los demás: suerte de omnisciencia que llega a concertarse con el don de sátira y mistificación para crear lo que el vulgo capta bajo el nombre de "humor". Debe existir en algún granero de vidrios estrellados y tendido en mil telas un retrato no descubierto del gran Maestro con la visera de media luna conversando con el Pájaro que saca la lanzadera de todos los plumajes y abriga la más alta nota de la burla. En primer lugar es en este Pájaro único que conviene reconocer a Max Ernst. A partir de ahí se desplegará para cada uno el argos de su mensaje, cuyo resplandor ilumina las profundidades mismas del tiempo en que vivimos.

Max Ernst, a media distancia entre su nacimiento y nosotros, es perfectamente reconocible en una de las ilustraciones de la obra *British Geoblins*, de Wirt Sikes, publicada en Boston en 1881. Esta imagen representa teóricamente a Master Pwca, que asume la eminente dignidad de *fantasma de las minas*: crepita en los golpes de azadón y se suspende en el carromato de aquellos mineros que mujer y hermosos hijos no aguardan allá arriba en la hierba.

Lo reencuentro algo más tarde en el Tirol, para ya no perderlo de vista. El no podía, pensándolo bien, optar por aparecerseme en otro sitio. Allí es, en efecto, el día de San Juan, donde se corta la varita mágica. Se llamará Gaspar, Baltazar o Melchor, según que revele el oro, la plata o descubra fuentes ocultas.

Pero para mí el espíritu que habita en Max Ernst nunca ha estado preso de la envoltura humana, de toda elegancia, por lo demás que le he conocido en ese momento. ¡Tanto como reducir a Satán a la muesa de un actor en el papel de Mefistófeles! Por los primeros signos que me ha hecho hacia 1919, he comprendido que se trataba, nada menos, que de algo distin-

(1) Poesías.

to. ¡Esos signos, en los que el juicio prosaico y rutinario no ha podido ver bino "collages", y que sin embargo eran fabulosas tarjetas de visita! El Pájaro, Master Pwca, Melchor me hablaban con una sola voz, mucho mejor desplegaban bajo mis ojos los tesoros que traían del fondo del aire, de la tierra y de las aguas. Y todo eso se iba encajando uno en otro sin deteriorarse, qué digo, se despojaba de toda huella de desgaste. Brechas de luz se abrían en las materias más opacas, como se muestra irracionalmente el corazón en las imágenes de piedad o de amor. El vuelo en picada del pájaro, la absorción siempre más profunda y la subida del ascensor de las minas determinaban un lugar de encuentro *totalmente insospechado* hasta entonces donde se confrontaban y se unían las formas del bestiario sideral, de la germinación, de la tracción mecánica, del brotar y desplegarse de los cristales, lo mismo que, el diablo me lleve, dibujos de papel de pared de mi cuarto y del haz de sombra que cae de mi sombrero. *Primer mandamiento*: Todo debe poder ser liberado de su casco (de su distancia, de su grandeza comparativa, de sus propiedades físicas y químicas, de su afecto). No os creáis en el interior de una caverna, sino en la superficie de un huevo.

Poco después, Max Ernst —llevaba ese día una admirable corbata de terciopelo negro algo más grande que él ya que, el nudo correspondiente a su cuello, el rostro se le recortaba en el triángulo superior, me ha invitado a un paseo en París. Para qué decir que fue de los nuestros el grillo de las alcantarillas que, desde Lautréamont, tiene el cargo de magnetizar las "florecientes capitales", ay, "y las lleva en un estado letárgico en que son incapaces de vigilarse como deben". Nuestros pasos nos llevaron al Quai de Bercy prematuramente sombrío, al Mercado de los Vinos recorrido por bocanadas acres, vertiginosas; el Châtelet donde nos hacen calle los aparatos ortopédicos que se esfuerzan ingenuamente en apuntalar al hombre; los mataderos de la Villette donde el

cielo mira al trasluz las blusas de los conductores de ganado. Max Ernst retorna al amanecer al reservorio abandonado que había tomado por domicilio, hacia el sitio donde los bulevares exteriores cortan el canal San Martín. A lo largo, a la altura nuestra, una mujer desnuda, con el rostro recubierto por una careta, patinaba en el mismo ugar. El calendario marcaba 1921-22-23. *Segundo mandamiento*: Vagad, a vuestros flancos vendrán a fijarse las alas del augurio.

Pero cierto acontecimiento grave se ha producido: se transportan heridos, se cometen raptos en pleno día, la mujer misma está emparedada, el carnero de la primavera inclina la cabeza, no hay, hasta el mismo ruiseñor, quien por vez primera no aparezca maléfico. ¿Qué ha pasado? Ha debido haber una gran esperanza seguida de una terrible depresión: buscad en la historia de las sociedades humanas. Max Ernst, con la armadura del Príncipe negro, atraviesa la escena. Parando la oreja se oye, ¡pese a todo, cantar.

Es allí que se sitúa su gran retiro en el bosque. ¿Eremita? Sí y más asediado que ningún santo y asido con la mujer en un solo joyel de carne.

El sol no sabe sino coronar este bosque —los troncos de los árboles se aprietan para no dejar pasar nada del exterior. En este punto tocamos el gran secreto.

¿Habéis visto un pájaro-lora, presa de amor, ejecutar la danza mimética entre los helechos? Es, con la de la sensitiva, la única emoción que se comunica a pérdida de vista. *Tercer mandamiento*: Pondréis fuera de alcance y recrearéis sin cesar vuestro deseo.

Silencio. Poco después, Max Ernst se hace notable por una reaparición tumultuosa "en la cuenca de París". Bajo el aspecto de un gran pájaro, lleva entonces el nombre de Loplop, llamado a veces "la golondrina". Asistido por una soberbia joven, Perturbación, a la que tiernamente llama "mi

hermana la mujer 100 cabezas", se entrega impunemente en la persona humana a los peores actos de violencia. "Su arma será la embriaguez; su mordedura, el fuego": este programa es aplicado meticulosamente. Es el sueño ultraneroniano, el saqueo de todas las Romas sucesivas. Sólo la belleza de la mujer, fiadora de la eternidad del arte, sale engrandecida del sacrificio. Las devastaciones sistemáticas prosiguen por lo demás el año siguiente. Los diablos de Loudun han hecho menos ruido que aquellos que una nueva emisaria del "simpático Anodador", la pequeña Marcelina— María, lleva consigo al Carmelo. Max Ernst de joven sacerdote; oficia al anochecer en el cementerio de Saint-Médard en 1731. *Cuarto mandamiento* (ya promulgado, siempre válido): La belleza será convulsiva o no existirá.

Aquello ha pasado, como el Diluvio. Las laboratorios se han abierto nuevamente: se reencuentran huevos, flores en el musgo. Seres se levantan aún imperfectamente diferenciados del follaje. En la superficie de viejos muros abatidos, escenas profusas se organizan en la luz electiva del salitre. El buitre cuya presencia insólita se había señalado en "La Virgen de las Rocas" de Leonardo, acaba de alzar vuelo (era ya Loplop en el siglo XV). Luego de algunas evoluciones majestuosas sobre las ruinas —de paso presenta a una joven (1931)— se precipita a las montañas del Tibet donde lo vemos reaparecer en dios guarnecido con láminas de oro entre los seis brazos de su Cakti. Allí, al decir de los viajeros, hombres transparentes, alados por la ascesis, a lo largo de los abruptos senderos cubren distancias imposibles. Max Ernst ha reinado algunos años sobre estos únicos efectos de Caricia y desfloración, dulces y perversos como el corazón de Cakti, de la materia rena-

ciente sin tregua de la materia para engendrar el espíritu capaz de domarla. *Quinto mandamiento*: Absteneos. La Revelación es hija de la negación.

Sin embargo, la misma nieve no vence a ciertas plantas carnívoras. Tenemos a Max Ernst mucho más lejos en el tiempo, al lado de Semiramis. Los jardines suspendidos han sido plantados de nepentas gigantes e invisibles —la última palabra del arte de los asedios. Los aviones futuros se precipitarán ahí como moscas, y qué descubrimiento: el progreso técnico detenido en su carrera demente— la muerte delegada por el hombre no pasa más. Vueltos, ella y él, a su altura intermedia, se ve a la manta religiosa en la actitud espectral, luego a Max Ernst. Expectativa. La escena ha cambiado: la jungla simplemente no ya la jungla humana. Edades tempranas. Un tribunal se halla en la oscura trama de las lianas. Los Grandes 'Ingenuos': se reconoce a los Rousseau (Jean-Jacques y Henry), Jean Paul Brisset, Benjamín Péret, al centro Max Ernst. *Sexto mandamiento*: Suceda lo que sucediere, no dudéis jamás.

Por todas estas compuertas, un día la emoción ha vuelto en olas, como el agua que Max Ernst había intentado conjurar ha poco, en el curso de *Una Semana de Bondad*. Lo ha cogido como un gran girasol para llevarlo del fondo de las cuevas a la más alta cima del ser mismo: la historia de un hombre. Tened cuidado: aquí el torrente arrastra detalles autobiográficos, se tiene la debilidad de curar de ello como de la niña de sus ojos. El poste totémico continúa mirando el mar. El caballo macho observa con ternura y terror al hipocampo hembra. El amor está siempre ante nosotros. Amad. (*Séptimo y, en este día, último mandamiento*).

textos y autores

Balada de la congoja eterna, uno de los más largos poemas chinos en lengua clásica, ha alcanzado inmensa popularidad. Sobre su autor PO CHU YI (772-846), uno de los grandes poetas de la dinastía Tang, entre los que se hallan Li Po, Wang Wei y Tu Fu, puede leerse: Arthur Waley, *The life and times of Po Chü-i*, London, 1949. La versión se debe a J.S.

'Apure, Leyva" pertenece a la colección, aún inédita, **La atracción de los cuerpos**. CARLOS THORNE ha publicado anteriormente **Los días fáciles** (Lima, 1960). Tiene inédita la novela **Duermevela de un guerrillero**.

De CARLOS GERMAN BELLI acaba de aparecer una antología de su obra poética bajo el título **¡Oh Hada cibernética!** Monte Avila, Caracas.

Se está realizando este mes una exposición retrospectiva del pintor MAX ERNST, en celebración de su 80º aniversario, en las salas de la Orangerie del Jardín de las Tullerías. El ensayo de ANDRE BRETON ha sido tomado de **Le Surréalisme et la peinture**, nouvelle édition, revue et corrigé 1928-1965, Gallimard, Paris 1965. La versión que ofrecemos se debe a J.S. y A.R.

Creación & Crítica

Ediciones de La Rama Florida

Directoras: Javier Sologuren
Armando Rojas
Ricardo Silva-Santisteban

Correspondencia, suscripción y canjes: Alfonso Ugarte N° 248,
Lima 32. Teléfono 61-4553.